

## CUADRO PRIMERO

---

Terraza de una hostería. Al fondo, el río y jardines. Es de noche.  
Iluminación para una fiesta.

### ESCENA I

HOSTELERO; MOZOS DE LA HOSTERÍA entrando  
por la segunda derecha.

HOSTELERO

¡Listos, muchachos; listos! Es la hora y no tardarán en llegar los señores poetas. Cuidad que no falte nada y que el señor Arlequin quede complacido. La fiesta de esta noche ha de inmortalizar mi nombre y el de mi hostería. ¡Ahí es nada, que el señor Arlequin y los poetas y los gaceteros, amigos suyos, hayan escogido mi casa para celebrar esta fiesta en honor de la hermosa Girasol, la bailarina; que es tanto como si el Magnífico honrara mi casa con su presencia, como ya la honró en tiempos!...

MOZO 1.º

Si, cuando quisisteis llevarle a galeras a él y a su amo, el que hoy es yerno del señor Polichinela.



HOSTELERO

¡Calle el lenguaraz! Todos saben que mi casa y mi hacienda estuvieron siempre al servicio del señor Crispin y del señor Leandro, y ellos, por su parte, cuando se vieron en grandeza, no olvidaron el desinterés con que les servi siempre. Y hoy mismo, con ser quien es el señor Crispin, el Magnifico no pasa por delante de mí sin saludarme con la más afectuosa cortesía. En cuanto al señor Leandro, ya sabéis cómo honra mi casa con frecuencia.

MOZO 1.º

Y cómo gasta y triunfa con el dinero del señor Polichinela.

HOSTELERO

Por mucho que gaste no llegará a empobrecerse.

MOZO 2.º

Mientras le viva el suegro.

MOZO 1.º

Todos dicen que dentro de poco, entre el Magnifico y el señor Polichinela, tendrán todo el dinero de la Ciudad.

HOSTELERO

¡Silencio! En mi casa no quiero murmuraciones. Yo vivo con todos y nunca he vivido mejor; ¿de qué puedo quejarme?

MOZO 1.º

¡Ya! Como cuando vais al mercado os importa poco que haya subido el precio de todo, porque compráis

para vender a los que tienen dinero... ¡Si tuvierais que comprar como nosotros para mantener una mujer y muchos hijos!...

HOSTELERO

¡Basta!, dije.

MOZO 2.º

Lo único que no sube de precio es nuestro trabajo.

HOSTELERO

¡Basta de insolencias! Si no os conviene...

MOZO 1.º

Ya lo sabemos: que no tardaríais en encontrar quien os sirviese por menos. Hay mucha hambre en la Ciudad. Y ya se sabe: cuando todo está más caro, los hombres están más baratos...

MOZOS

¡Eso, eso!

HOSTELERO

Bien se advierte que los discursos y las gacetas del señor Publio os han levantado de cascos estos días. ¡Sois unos infelices! Cuando el señor Publio quiere que gritéis por esas calles y plazas contra el Gobierno de la Ciudad, es porque necesita que los gobernantes os tapen la boca, a vosotros y a él. Sólo que a vosotros os la tapan con mordaza o con plomo y a él con dinero o cosa que lo valga. ¿Cuándo aprenderéis? ¡Desgraciados!



MOZO 1.º

¿Quién nos enseñará? ¿Ni de quién podremos fiarnos?  
El señor Publio, siquiera, dice las verdades...

HOSTELERO

El que dice la verdad suele andar desnudo, como ella.  
Y él ya veis que anda muy bien vestido. No es culpa  
suya; que no levantaría él tantas tempestades si no  
hubiese quien le ofreciera tridente de oro para aquie-  
tarlas después de levantadas.

## ESCENA II

DICHOS y el DESTERRADO, que aparece  
por la segunda derecha.

DESTERRADO

Tenéis razón, amigo. Es que de ese oro que amansa  
tempestades nadie pide cuentas. Se prodiga en nombre  
de la tranquilidad pública, y la tranquilidad pública es  
el mejor narcótico para disponer del tesoro de la Ciu-  
dad, sin que a nadie le duela. Pero esa tranquilidad no  
envilece tanto al que la vende como al que la compra...

HOSTELERO

¿Eh? ¿Quién sois?... ¿Estáis invitado a la fiesta? Esta  
noche no puedo admitir a nadie en mi casa.

DESTERRADO

¿Tan cambiado estoy que no me conoces? Es verdad.  
Pasa el tiempo. Tu hostería tampoco es lo que era,  
aquel pobre albergue a la entrada de la Ciudad, junto

al río, sin estos jardines que ahora hermosean sus ori-  
llas. Tú no has cambiado mucho. Antes que tu casa te  
he conocido a ti. Y de mi, ¿no recuerdas?

HOSTELERO

Si..., tú eres... Pero no es posible..., tú eres...

DESTERRADO

¡Chist! ¡Calla! El Desterrado, no tengo otro nombre...

HOSTELERO

Andad allá dentro, muchachos... ¿Qué murmuráis?  
¡Buenos estamos! (*Salen los Mozos por la derecha.*) Si,  
eres tú... ¿Y no temes que te descubran? Soy tu amigo,  
pero no querrás comprometerme con tu presencia. Si  
te hallaran aquí... creerían que yo...

DESTERRADO

No tiembles... Ahora veo que tú también has cambia-  
do. Verdad que eres protegido del Magnífico. Olvidaba  
que todo lo que eres se lo debes a él.

HOSTELERO

Por eso mismo, no puedo acoger en mi casa a su ma-  
yor contrario, su mortal enemigo. El Magnífico te des-  
terró y puedes agradecer que se contentara con deste-  
rrarte, por hablar contra su Gobierno, por amotinar al  
pueblo en contra suya... ¿Cómo te has atrevido a dejar  
tu destierro?

DESTERRADO

Tranquilízate y mira... El sello con las armas del  
Magnífico, permitiéndome volver a la Ciudad, a mi pa-  
tria querida...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
ALFONSO REYES  
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

BIBLIOTECA ALFONSO REYES



## HOSTELERO

¿Su perdón? ¡Y aun dirás que no es grande y generoso!

## DESTERRADO

Diré lo mismo que he dicho siempre: que, con ser como es, aun vale más que el pueblo que le soporta. Ese pueblo que murmura sin cesar contra sus gobernantes, poniéndose a su nivel, pues los conoce y permite que le gobiernen. Y no contento con murmurar la verdad, como si la verdad no fuera bastante, aun añade calumnias y calumnias, a sabiendas de que lo son, de que no podrían probarse. Y esto ya es ponerse más bajo, mucho más bajo; que si murmurar la verdad aun puede ser la justicia de los débiles, la calumnia no puede ser nunca más que la venganza de los cobardes.

## HOSTELERO

Dices bien. Yo te aseguro que no hay razón para culpar al Magnífico, que nunca hubo en la Ciudad tanto dinero ni se gastó con tanto garbo.

## DESTERRADO

Eso dices porque el dinero entra en tu casa, que es casa de alegría y holgorio... Pero creo que, por fuerza, ha de sentirse el malestar ocasionado por esa terrible guerra entre las más poderosas ciudades de Italia, repúblicas y señoríos; el temor de vernos envueltos en una contienda cuyo resultado no será nunca satisfactorio para nosotros.

## HOSTELERO

Según quien venza...

## DESTERRADO

¡Ilusiones! El vencedor creará que se lo debe todo a sí propio, y no será amigo de nadie; el vencido creará que nadie le ayudó como debía, y será enemigo de todos. Uno y otro aguardarán la ocasión de imponerse a los débiles: el vencedor, por afirmar su triunfo; el vencido, por desquitarse de su derrota.

## HOSTELERO

¡Bah! El Magnífico es hombre hábil y sabrá sortear todos los peligros.

## DESTERRADO

Pero, ¿tú crees que son los hombres, que es la política, que son las mismas armas, lo que previene y decide las guerras? Si, hay en toda guerra un motivo aparente, que sólo engaña a los cronistas vulgares... Un pique de amor propio entre los soberanos, un desaire a un embajador, unas leguas de territorio fronterizo disputadas... ¡Bah!... Pretextos risibles, buenos para entretener la historia del día. Bajo estas causas superficiales hay razones más hondas, de interés, de competencia, de rivalidad en comercio y manufacturas... Y todavía no son éstas las verdaderas causas, que, sobre todo esto, hay en toda guerra, lo que sólo a lo largo del tiempo se percibe, como desde muy lejos, como desde muy alto, el designio providencial, el predominio de un pueblo sobre los otros pueblos, de una raza sobre las demás razas, de una idea nueva sobre ideas caducas. Por eso, cuando miras desde cerca esta guerra de ahora, te apasionas, te exaltas, porque todo te dice: odio, sangre, violencia, y te inclinas al uno o al otro lado, pones también odio y violencia de tu parte, sin saber de qué lado están la razón y la justicia. Pero si lees, con la



serenidad que sólo da el tiempo, en historias de guerras que pasaron, verás que en todas ellas, aun las que fueron humillación y vencimiento de tu patria, triunfó siempre lo que debe triunfar..., la idea de Dios, que para triunfar en el mundo se vale siempre de los fuertes...; y ten entendido, aunque por fuerza de brazos o de armas se manifieste, que la verdadera fuerza es la espiritual, que sólo el espíritu es quien pone en las espadas luz de inteligencia, en las inteligencias temple de espadas.

HOSTELERO

Yo no entiendo ni quiero entender tus filosofías; lo que sí sé es que nadie quiere la guerra.

DESTERRADO

¿Y basta no quererla?

HOSTELERO

Nosotros vivimos en paz con todo el mundo. Y no podrán quejarse unos ni otros de nuestros buenos oficios, que con todos negociamos y a todos proveemos de lo necesario.

DESTERRADO

Y muchos se enriquecen. Lo sé. Por lucrarse hoy empobrecerán mañana. Hoy venden a buen precio lo que mañana han de necesitar y no podrán hallarlo a ningún precio. ¡Ay del que atesora del tesoro de la Ciudad!; que cuando la Ciudad se pierda, ¿dónde esconderá su tesoro?

HOSTELERO

Vuelves a tus predicaciones. Aun no has escarmentado.

DESTERRADO

Ni escarmentaré nunca. Por eso no hubiera vuelto si no hubiera sido por mi hijo.

HOSTELERO

¿Tienes un hijo?

DESTERRADO

Sí, del que no debí separarme al salir desterrado. ¡Era tan niño! ¿Qué hubiera sido de él? ¿Cómo exponer su vida a los azares, a la miseria de mi vida errante? Quedó aquí con un tío suyo, hermano de su madre, enemigo mío. Nada he sabido de él en tantos años. No me permitían comunicación con nadie de la Ciudad. Ni mi nombre llevará de seguro. ¿Y qué habrán hecho de él? ¿Qué habrá en su alma? ¿En qué podré conocer que es mi hijo?

HOSTELERO

Yo no sabía que tal hijo tuyo hubiera en la Ciudad. Sin duda, como dices, no lleva tu nombre.

DESTERRADO

El nombre del Desterrado no era un nombre.

HOSTELERO

¿Y cómo ha sido el perdonarte el Magnífico? Sin duda hay alguien que te quiere bien cerca de su persona... De otro modo no te hubiera levantado el destierro... ¿Tú no sabes...?

DESTERRADO

Con el perdón recibí esta carta sin firma... La letra parece de mujer; sólo dice: «Benedicid a quien sin cono-



ceros os ama, sólo porque sois padre de quien no puede ser mi enemigo...»

HOSTELERO

Esa carta .. No conozco la letra, pero...

DESTERRADO

¿Sabes tú...?

HOSTELERO

¿Saber? No... Pero..., tal vez..., si..., tal vez sea tu hijo el que...

DESTERRADO

¡Mi hijo! ¿Qué quieres decirme?...

HOSTELERO

A mi casa acuden a diario muchos jóvenes de las mejores familias de la Ciudad. Entre ellos hay uno de quien se dice, se murmura, que está en amores con la hija del Magnífico, la hermosa Julia. Una hija que el Magnífico hubo allá en sus mocedades y se trajo consigo cuando su antiguo amo, el señor Leandro, al casarse con la hija del señor Polichinela, le puso en estado de gran señor, del que ha sabido alzarse hasta la señoría de la Ciudad.

DESTERRADO

¡Imposible! ¡Mi hijo! No... Su tío no era más que un mercader; por mucho que haya prosperado, no es posible que su situación permita a mi hijo enamorarse a la que es tanto como una princesa, porque no menos que un príncipe soberano es el Magnífico, su padre.

HOSTELERO

¿Quién era él? ¿Quién era su amo cuando enamoró a la hija del señor Polichinela? El Magnífico no puede asombrarse de nada...

DESTERRADO

¿Y dices que ese joven de quien se dice que está en amores con la hija del Magnífico viene alguna vez a tu casa?

HOSTELERO

No faltará a la fiesta de esta noche.

DESTERRADO

¿Tienes fiesta esta noche?

HOSTELERO

Una fiesta de locos. Los poetas festejan a la hermosa Girasol, la bailarina que tiene alborotada a la Ciudad con sus danzas. No puedo invitarte, porque esta noche no soy el amo de mi casa. Pero si quieres ver sin ser visto, desde cualquiera de esas ventanas puedes atisbar cuanto se te antoje. Valdrá la pena, porque es gente de ingenio, y la Girasol es hermosa. Ventrán también damas ilustres enmascaradas, y personajes, y... ¿quién sabe? Es tanta la curiosidad, que tal vez el Magnífico en persona no deje pasar la noche sin presentarse por aquí como un buen ciudadano. Él tiene en mucha estima a los poetas, que él sabe son lenguas de la fama y conviene estar a bien con ellos para librarse de sus sátiras... Y aun si quieres, cuando la concurrencia sea más numerosa, observar más de cerca, yo te daré una máscara y bien puedes salir y andar entre la gente sin ser notado.



DESTERRADO

Así lo haré, que es mucha mi curiosidad después de haberte oído... *(Se oyen voces dentro.)*

HOSTELERO

Pues entra, que ya oigo voces de esta parte. Y entretanto que la fiesta se anima, cenarás por mi cuenta, por nuestra antigua amistad.

DESTERRADO

Gracias por todo.

HOSTELERO

No sé por qué, presumo que acabaron tus desventuras y tus andanzas. Tu perdón, esa carta misteriosa con letra de mujer... Mira que si por fin acabaras por ser consuegro del Magnífico, del que tanto has odiado...

DESTERRADO

Bien se ve que en tu casa tuvo principio su grandeza. Sueñas con aventuras extraordinarias, como las tuyas. Por si las mías no llegaran a tanto, conténtate con ofrecerme una cena frugal. No me trates como a consuegro del Magnífico. ¿Cómo podría yo pagarte si contara un día con su dinero, como él contó con el dinero del señor Polichinela?... Yo no llego, como él llegó, para engañarte. Mira mi escarcela. Esta es la verdad. Yo no soy Crispín...

HOSTELERO

¡Qué importa, si tu hijo puede ser Leandro!... Entra en mi casa, que tú cenarás esta noche como si fueras el Magnífico... *(Vanse por la primera derecha.)*

## ESCENA III

ARLEQUÍN, LAURO, AURELIO y FLORENCIO  
por la segunda derecha.

LAURO

Llegamos los primeros.

AURELIO

Es la hora mejor.

FLORENCIO

Después la muchedumbre nos traerá su vulgaridad.

ARLEQUÍN

Mucho temo que la fiesta sea un vulgar bullicio. Yo hubiera querido que fuera como un recogimiento espiritual, una fiesta de melancolía. Pero ya visteis cómo Girasol torció el lindo gesto cuando se propuso que la fiesta fuera para nosotros solos.

FLORENCIO

Girasol es una mujer vulgar.

ARLEQUÍN

Como todas. A mí no me ha engañado. Prefiere el aplauso ruidoso de la multitud a la admiración recogida de los entendidos. A mí desde que todos la celebran, ya no me parece la misma.

AURELIO

¡Qué diferencia cuando al presentarse en la Ciudad la gente se burlaba de sus danzas!



ARLEQUÍN

Y el público la silbaba, y hasta cayó a sus divinos pies alguna hortaliza... ¡Era admirable! Sólo nosotros la comprendíamos.

AURELIO

Ha perdido todo su encanto.

ARLEQUÍN

El soneto que yo cincelaba para ella no pasará de los dos primeros versos... ¿En qué piensas, Lauro?

LAURO

¿Se sabe si el Magnífico asistirá por fin a la fiesta?

ARLEQUÍN

Pero si asiste, no vendrá con su hija. ¿Es eso lo que piensas? ¡Ah, Lauro, hombre feliz! No te atormentes con ese amor que tú crees imposible. El Magnífico es tan grande, tan grande, que es capaz de casarte con su hija...

LAURO

No digas locuras.

ARLEQUÍN

¿Sabéis la última grandeza del Magnífico?...

FLORENCIO

No me habléis del Magnífico. También se empequeñece. Su grandioso cinismo de otros tiempos degenera en vulgares concesiones a la opinión.

ARLEQUÍN

Ahora le ha dado por mantener la paz a toda costa.

AURELIO

¿Y qué puede hacer? La guerra sería un desastre...

ARLEQUÍN

¿Por qué un desastre? Para nosotros no puede haber desastre. Nos gobernarían los venecianos o los genoveses, y eso iríamos ganando.

FLORENCIO

Para lo que servimos...

AURELIO

Para lo que significamos...

ARLEQUÍN

Una ciudad abierta al mar por todas partes y que no tiene barcos para su defensa...

FLORENCIO

¿Y qué barcos podemos tener?...

AURELIO

¿Y para qué los queremos?

FLORENCIO

¿Y los soldados? ¿No es risible que ahora quieran que todos seamos soldados?



ARLEQUÍN

¿Para qué queremos soldados? ¿Qué tenemos que defender? ¿Qué importa que todo se pierda? Una ciudad que sólo encumbra a los que no tienen ningún talento. Aquí son reputados famosos cuatro hombres vulgares, que ni siquiera son conocidos en Venecia ni en Génova.

FLORENCIO

De los que allí se reirían si los conocieran...

ARLEQUÍN

Lo único que podemos presentar al mundo son nuestras bailarinas, nuestros desbravadores de potros y nuestros mendigos... Eso sí... Es nuestro orgullo... Por eso he querido yo que nos juntáramos en esta fiesta los únicos que aún no hemos perdido la clara visión de las cosas.

AURELIO

Hay que elevarse sobre la ramplonería.

FLORENCIO

Sobre los respetos vulgares.

ARLEQUÍN

Sobre el patriotismo que quiere obligarnos a una estúpida admiración por todo lo nuestro.

AURELIO

Pero ¿qué nos piden que admiremos?

ARLEQUÍN

Una ciudad que puede ser gobernada por un Crispín.

AURELIO

Y un señor Polichinela.

ARLEQUÍN

Que la gobiernan como se merece: despreciándola. Que por fortuna nos llevarán a la ruina, y entonces empezaremos a ser algo.

FLORENCIO

Cuando nos gobierne el extranjero...

ARLEQUÍN

Cuando nos imponga una cultura superior...

AURELIO

Cuando nos enseñe a ser hombres...

## ESCENA IV

DICHOS y el DESTERRADO por la segunda derecha.

DESTERRADO

Eso sí, desdichados...

TODOS

¿Eh? ¿Quién es? ¿Qué dice?

DESTERRADO

Os digo ¡desdichados!, porque no es vuestra toda la culpa; de otro modo, os diría ¡miserables!